

tido de la existencia. En tales secciones, de suma importancia antropológica, se afirma esta manera de interpretar la realidad humana.

Sin duda alguna que constituye un mérito indiscutible de Romero, el haber logrado superar en la obra que comentamos las distintas posiciones inmanetizadoras de la vida. Su filosofía se presenta, además, como un significativo esfuerzo por abrir nuevas vías al pensamiento filosófico, para encaminarlo a buscar al hombre en su más alto sitio: el del espíritu.

MANFREDO KEMPF MERCADO.

*Nicola Abbagnano. INTRODUCCIÓN AL EXISTENCIALISMO.* Ed. Fondo de Cultura Económica; México, 1955, 180 páginas

Tres años después de publicar, en 1942, su obra capital "La estructura de la Existencia", Nicola Abbagnano da a la publicidad, en Turín, esta "Introducción al Existencialismo", síntesis de los motivos principales contenidos en aquélla. Desde el año mencionado hasta la fecha, y mientras entrega sus nuevas aportaciones, "Filosofía, religión y ciencia" (1947) y "Existencialismo positivo" (1948), la obra es traducida a otros idiomas y alcanza en su país de origen numerosas ediciones. Considerado como pensador eminente y el más representativo de la filosofía existencial italiana, Abbagnano tiene una significación propia, cuya resonancia internacional es ajena a toda ruidosa espectacularidad o concomitancia con acaeceres fortuitos. No es el menor de sus méritos haber precedido, en la elaboración de su doctrina, a muchas de las recientes experiencias de rebeldía, al

fijar sus personales puntos de vista frente a las corrientes filosóficas tradicionales y a las demás corrientes existencialistas.

Un análisis de los nexos que ligan la filosofía de Abbagnano con la de Kierkegaard, Heidegger, Jaspers, Chestov, Barth o Unamuno rebasaría los límites de ésta; tampoco es posible detenerse, aquí, en la consideración de sus precedentes en Italia, que pueden descubrirse en Leopardi o un Pirandello. Con todo, al menos, que no podemos compartir la opinión del escritor argentino V. Fatome, que ve en el problema de la verdad el punto de partida del pensar de Abbagnano, a diferencia de lo que ocurre con Heidegger y Jaspers, cuyas meditaciones desembocan en dicho problema. Creemos, por el contrario, que el móvil originario de las reflexiones del filósofo italiano es el ser, en el proceso de su propia búsqueda y complementación.

Para Abbagnano filosofar es un acto de existencia por el cual el hombre, cada hombre, afronta su destino propio y establece la necesaria relación consigo mismo, con los demás hombres y el mundo; acto que tiene el alcance de una respuesta a los llamamientos del ser individual convertido en problema de sí mismo. Manifestación primera de este acto es la "decisión". Se trata, en efecto, de un acto existencial que implica una "indeterminación real" y, por ello, un "riesgo"; de la presencia de una fundamental problematicidad a la base de todo acto existencial. En su forma de decisión "auténtica", este acto funda la "unidad" de lo que es "anterior" al acto y lo que es-tá "más allá" de él, y que "debe ser"; soldando, así pasado y porvenir a través de una posibilidad indeterminada, pro-

blemática, que se expresa en lo que puede llamarse "estructura".

En cuanto "estructura" el hombre decide de sí mismo, sin que esta decisión agote el llamamiento o elimine la indeterminación problemática. La "estructura" realiza el sentido de la temporalidad y está en continuo cumplimiento de pasado a porvenir, nunca inmóvil, pues es la existencia misma en su pleno desarrollo y libertad. Es justamente el "deber ser" en el que el riesgo no está eliminado y en el que la decisión se renueva como requerimiento de la problematización. Mientras el hombre no verifica su decisión —que implica responsabilidad— en el acto existencial auténtico no vive, sino que se deja vivir en un estado de "dispersión", en el que no se posee a sí mismo ni encuentra la unidad de su personalidad. En la "estructura", y por ella, el individuo es fiel a sí mismo y coincide con su destino. Dicho de otro modo: sólo entonces la elección de la posibilidad se mueve hacia la "posibilidad de ella misma", esto es, hacia la posibilidad "trascendental". Y es ésta la que constituye el verdadero yo, libre y dueño de sí, que se sustrae al azar y a la dispersión.

Las conexiones anteriores conducen al problema del ser que debe pertenecer auténticamente a cada cual y que, con su inalienable unidad finita, llega a participar en una esfera del ser que trasciende continuamente, aún cuando le es propia. La posibilidad óptica se hace, así, también ontológica. La elección, dice Abbagnano, "funda en el ser la posibilidad que le es propia y que se vuelve posibilidad propia del ser". Ahora bien, este

empeñarse el hombre en el acto estructurador del ser de sí mismo, lleva implícitos los problemas de la temporalidad como encuentro esencial de la "finitud", en la cual se cumple el hombre como riesgo hacia el porvenir, en cuanto asume su ser propio por encima de la "nihilidad" que es el no lograr fundarse en el ser. Mas, precisamente al decidir en el sentido de su finitud, el hombre pasa de la temporalidad a la historicidad.

Puesto el ser individual en coyuntura de oír el íntimo llamamiento o de extrañarse en un abandono dispersivo como posibilidad de "pecado", es su "libertad" la que lo salva. Su libertad que no es indiferencia, sino "normatividad", deber ser; y que, substrayéndolo de la dispersión y el banalizarse de la vida, lo autolimita en su finitud, capacitándole para la "pasión", en la concentración de su esfuerzo. De este modo el hombre llega a asumir toda su libertad y a afrontar todo su riesgo, en continua fidelidad consigo mismo y su destino, hasta enfrentar en plena claridad el riesgo último de la muerte. "Puede medirse —dice Abbagnano— la seriedad de una doctrina filosófica por la consideración de que hace objeto a la muerte". Y, en verdad, es una ejercitación abstracta, no una filosofía la que no lo haga. Porque entre las posibilidades del hombre está, ciertamente, la de que "puede no ser"; posibilidad siempre presente y determinante de su constitución. La muerte debe reconocerse y aceptarse, no, desde luego, en el sentido de un "vivir para ella" anticipándola, pues no es esa una posibilidad que pueda elegirse, sino que es preciso "temer la muerte fuera del peligro", como

quería Pascal, esto es, no pensando en ella como la única alternativa, ni dejando de pensar en ella hundiéndose en la dispersión. La fidelidad a la muerte conduce a la autenticidad de la existencia, a la unidad personal, a la relación necesaria con el ser universal y a un hondo sentido de la convivencia.

El problema del ser forma, pues, la base de la filosofía de Abbagnano; las ideas principales, que acabamos de reseñar, se proyectan luego al examen de todas las implicaciones y conexiones que supone la visión existencialista, en busca de respuesta a los problemas del tiempo, la substancia, la Naturaleza, la Historia, la eternidad y la nada. Particular interés ofrece, pues, la fijación de los puntos de vista de este existencialismo "positivo", que intenta un realizarse valioso del ser del hombre, que supere el concepto de caída y fatalidad del existir. Es precisamente en este sentido que Abbagnano cree haber superado las consideraciones filosóficas habituales. Y, en efecto, ni la concepción objetivista, que pretende reducir la búsqueda del ser a conocimiento, partiendo de los opuestos polares "yo" y "mundo", ni la subjetivista que se apoyó en la inmanencia del ser, universalizándolo y despersonalizándolo hasta privarle de su singularidad y destino y hundirle en el seno de la racionalidad, ninguna de estas dos concepciones puede incorporar la de este existencialismo, verdadera filosofía de la "concreción", de la individualidad traspasada de vida, de singularidad, de existencia verdadera.

FEDERICO GARCÍA RIVAL.

*Antonio Millán Puelles. ONTOLOGÍA DE LA EXISTENCIA HISTÓRICA. Ediciones R Iph, S. A. Madrid. 1955, (2ª edición), 211 páginas.*

La obra que resumimos, enraizada en la vieja y perenne tradición de una filosofía del ser, es una excelente y sistemática visión de conjunto sobre la problemática que afecta a la peculiar existencia de lo histórico.

Tres temas aborda el autor: el ser histórico, su conocer, y el hombre como ser histórico.

Planteada la diferencia entre "fenomenología" de la historia, cuyo objeto es la esencia de lo histórico, y "ontología" de la historia, cuyo fin es mostrar la peculiar existencia de aquél, la permanencia virtual del ser histórico es el eje de la primera parte de este libro.

Para extraña paradoja el ser histórico es 'un no-ser-ya, que, sin embargo, es de algún modo todavía' y es esa "permanencia" lo que define la historicidad entitativa del ser histórico que se resume en cada hecho histórico como "todo" en la medida en que es acumulación de la historia precedente y como "parte" en cuanto que cada hecho es virtualmente recorrido en los presentes ulteriores; de ahí, la noción de unidad, fluidez y continuidad indefinidas de la historia. Además, lo histórico es un ser al que "por naturaleza" conviene realizarse de un modo

cesivo en que lo posterior implica lo anterior de manera esencial y en que por o tanto, no sólo lo anterior es supues o para los efectos de una ordenación externa, sino que lo es porque así lo reclama a su misma naturaleza. Lo que equi ale a decir que en el acontecer histórico lo posterior es posterior según una